



Aneca

NUESTROS ESCRITORES
Gregorio Martínez Sierra.

20 cts.



En París se ha constituido un Comité encargado de erigir una estatua á Homero: al padre Homero, como le llamaban los escritores que presumen de clásicos.

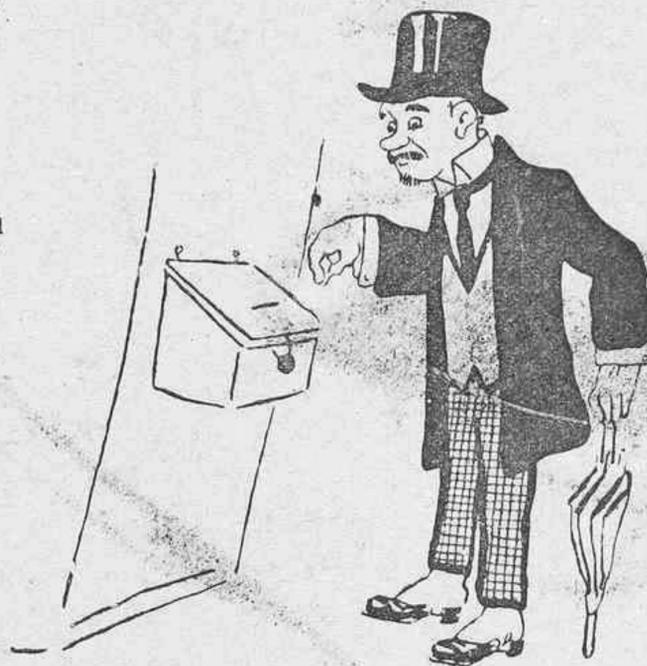
La Humanidad sigue empeñada en creer que una estatua es el mejor homenaje que puede rendirse á la memoria de todo genio difunto: en la mayor parte de los casos sería mucho más homenaje asignarle una pensión vitalicia á la viuda del genio, ó pagar las deudas que éste haya contraído en su paso por este mundo, evitando así que los acreedores ultrajen la memoria del muerto con narraciones apestosas:

—Conque una estatua á Gordillo, ¿eh? Más valiera que me pagasen sus herederos las catorce pesetas que le presté para que se afeitara veintiocho veces.

Recorriendo las ciudades de segundo orden de Francia—pues todo no ha de ser el boulevard—, encuentra uno indefectiblemente dos cosas en todas ellas: un *café de Paris* y una estatua de Gambetta. Por muchas malas acciones que haya cometido en su vida el corajudo don León, no merece castigo tan cruel como el que toda la Francia le ha impuesto elevando su figura bronceada á la intemperie de sus plazas.

Allí, con los brazos cruzados sobre el pecho, y con la melena al aire, sin nada que le proteja, aguanta el ilustre político la lluvia y el granizo, el sol implacable de las tardes de Agosto y la nieve de las noches invernales. Y, como si todo ello fuera poco, aun tiene que aguantar los conciertos que la banda de la municipalidad ejecuta todos los días festivos al pie mismo de su pedestal.

La multitud pasa indiferente ante él días y días, y si alguna vez un viandante detiene sus pasos y alza el rostro



para mirarle, será algún paleta de las cercanías, venido á la ciudad para adquirir una remesa de papel higiénico, que al ver la apostura de don León diría desengañado:

—¡Ah! ¿Pero este señor es Gambetta?... Pues se parece de un modo bárbaro á mi casero.

El público llega á familiarizarse tan por completo con esos seres de bronce ó mármol, á fuerza de verlos todos los días en el mismo sitio y sin tener nada que hacer la mayor parte del año, que siente por ellos la misma indiferencia que le inspiran los postes de los tranvías, los faroles del alumbrado ó los novios parados en la acera.

Por donde el homenaje póstumo que

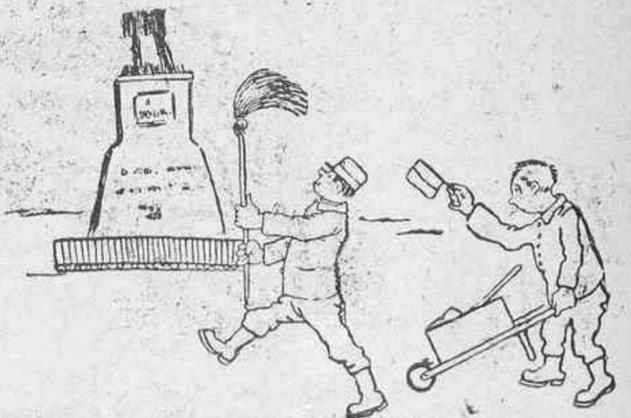
toda estatua supone no resulta por ninguna parte. Los Gobiernos debieran obligar á sus empleados callejeros—guardias, barrenderos, etc.—, á un saludo respetuoso al pasar ante el héroe estatuido, á batir marcha las músicas, algo, en fin, que diera forma práctica al antedicho homenaje. Unos cepillos recaudatorios colocados en la base del pedestal permitirían que con las donaciones del público pudiera comprarse una fanega de cebada, por ejemplo, al caballo de Martínez Campos en el Retiro, ó una prenda de abrigo á la estatua de Claudio Moyano, que así dejaría de lucir el levitín que ahora luce.

Mientras no se haga algo de esto las estatuas no servirán más que para una cosa: para que al citarnos con una socia á quien hemos logrado prender en nuestras redes, la digamos solemnes:

—Bueno, ya lo sabes: mañana sin falta, á las seis, junto á Castelar.

O junto á Homero, como dirían muy pronto los parisinos.

Joaquín Belda.



PROTESTO

Porque el can se rinde y llega humilde á besar la mano! de su amo, cuando le pega, el sabio género humano, en solemne votación y en escrutinio formal, ha hecho esta declaración: «El perro es el animal más hidalgo y más leal que existe en la creación, del género con perdón.» Quien comete tal acción, quien lame ó besa la mano que le azota y le avasalla, es bimano, cuadrumano, ó cuadrúpedo, un canalla que une á la canallería la nota de cobardía. Disculpe el género humano esta humilde opinión mía, este yerro—si es que yerro—, pero si á mí, siendo perro, me pegaran, mordería. Y de hombre, si hubiera quien mi carne de hombre azotara y en esclavo me tratara, le mordería también. Por lamer y besar manos cuando ellos les tratan mal, llevan los perros bozal, tienen los hombres tiranos, y sufren la triste pena de mirarse reducidos á vivir dando ladridos atados á una cadena.

Joaquín Dicenta.

Р. ТРАТОС Я ПЛУМА

LORETO PRADO.

Un cuerpo muy chiquitito, con el Arte por divisa: como actriz, una sonrisa; como tiple, un suspirito.

El alma, toda calor; el corazón, como un templo. ¡En España no hay ejemplo de una artistaza mayor!

La gracia, fina y honrada; el ingenio, intencionado: ¡esa es la Loreto Prado, descrita de una plumada!

Diferente de los seres vulgares, tengo entendido que Loreto no ha nacido como las demás mujeres.

Su madre, en cierta ocasión, me dijo que la Loreto

nació por arte secreto, no por obra de varón.

Después de una noche entera de discusión, se entendieron sus padres, y decidieron formarla de esta manera.

Echaron en un perol flores de azahar de Sevilla,



—Y ¿con quién se casa Paquito?
—Con una mujer.
—No sé de nadie que se haya casado con un hombre.
—Yo sí. Mi hermana.

dos cañas de manzanilla y tres rayitos de sol.

Dos onzas de diplomacia, de talentazo un quintal, arroba y media de sal y treinta kilos de gracia.

Dos ojillos, ¡que hay que ver!; dos labios de azúcar cande, y un corazón... ¡el más grande que encontraron de mujer!

A una lámpara de alcohol acercaron todo eso: descendió el Arte; dió un beso en el fondo del perol.

Cantó un rruiseñor su historia de tristes dulzuras llena; brilló un lucero en la escena; se inundó de luz la gloria.

Se fundió al fuego sagrado un alma; dijo el Amor: «¡Señores, vaya calor!...» y salió Loreto Prado.

La artistaza menudita,

que no es ni fea ni guapa, con ribetes de chulapa y visos de señorita.

No recuerdo exactamente las cosas que le habré escrito á la genial Loretito; pero, aproximadamente,

Son, entre otras bagatelas, catorce ó quince juguetes, unos diez y seis sainetes y unas veintitrés zarzuelas.

Pero de eso hace ya días; hoy cambiaron los papeles, y, á juzgar por los carteles, nunca ha estrenado obras mías.

Los guapos no ven el sol, no hay Tonta, ni Mari Juana, ni Señora capitana, ni Zapatos de charol.

Mis obras rancias están, y yo la admiro y respeto, aunque se olvide Loreto del viejo

Jackson Veyán.

RAZÓN DE PESO

Don Pascual, que era un pillín, iba á casa de la Obdulia por las noches de tertulia, claro está que con mal fin, y allí en alegres veladas pasaba Pascual las horas entre charlas tentadoras y bromas intencionadas.

Aunque se habla por hablar, sin un motivo fundado, como el hombre era casado dió la gente en murmurar, y en decir todos los días que si toma, que si vino... que si él era un libertino... ¡lo de siempre!... ¡tonterías!

La esposa de don Pascual, cierto día, de repente, falleció... completamente de un ataque cerebral; y aunque le ahogó de momento pena de tanto calibre, se vió don Pascual ya libre, es decir, en su elemento.

Por haber sido testigos de tantas hablaturías, pasados ya muchos días le dijeron los amigos:

—¡Atiende nuestras razones!

Obdulia es joven y bella; debes casarte con ella y evitar murmuraciones.

—¿Hacerla yo mi costilla?

—dijo Pascual—. ¡No lo haré!

—¿Y no te casas? ¿Por qué?

—La razón es muy sencilla,

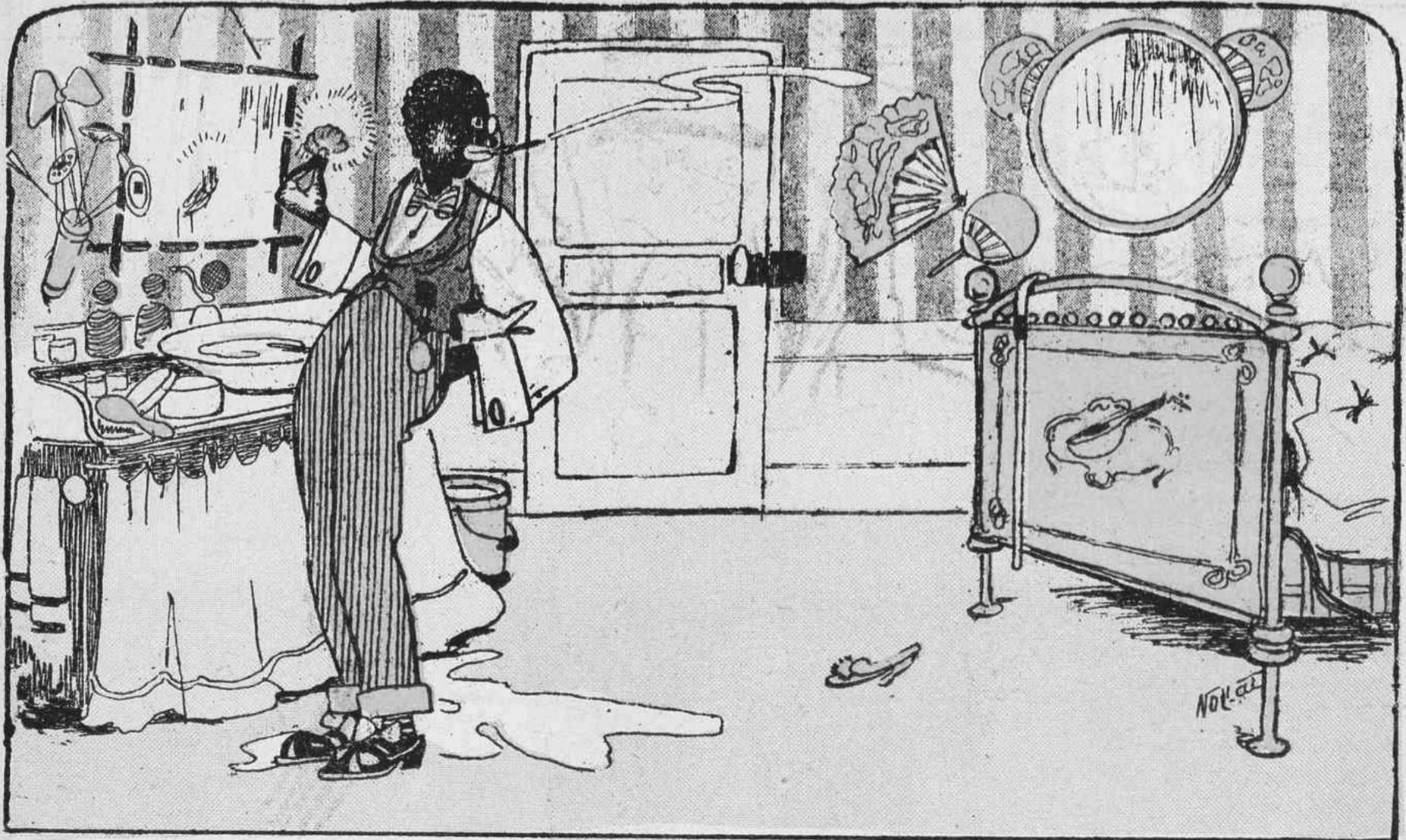
Si me caso con Obdulia,

me queréis ahora decir

dónde diablos voy á ir

por la noches de tertulia?

Fiacro Vráyoz.



Pues es raro; á mi ama no le salen estas manchas tan blancas cuando se dá polvos.

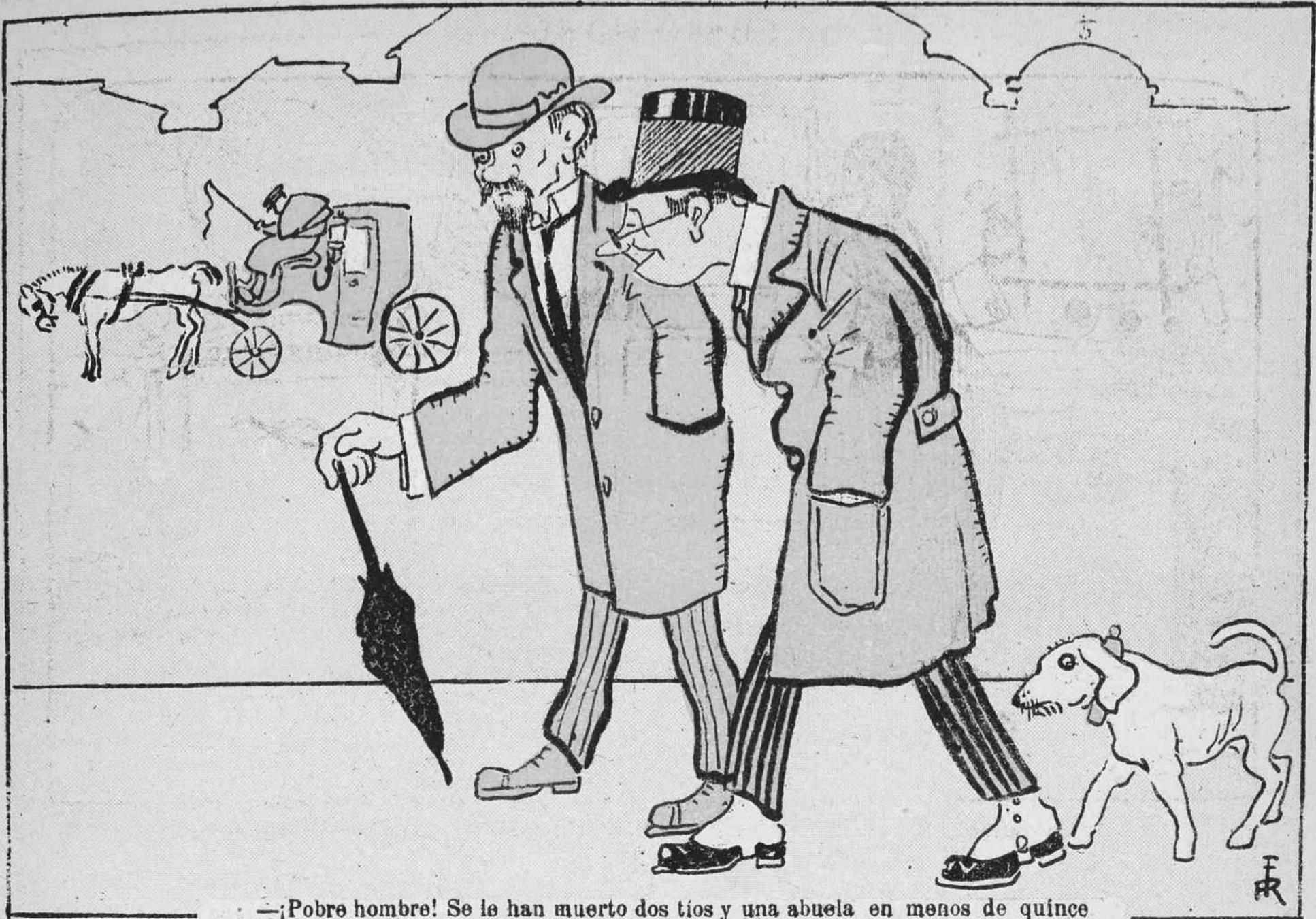
MAL DE MUCHOS

—Tiene mucha gracia lo que me sucede; voy á referirlo por si alguno puede decirme la causa de este malestar. Yo, señores míos, no puedo parar desde ayer, que supe que mi peluquero estrenó una *pieza* que dará dinero. La trama ó asunto que sirve de base es de lo más nuevo, véase la clase. un Antonio, cajista pobre, pero honrado, de una costurera se halla enamorado; pero aunque la chica le quiere de veras y con él se pasa las horas enteras, á lo del casorio ella no se aviene, porque con lo suyo bastante no tiene —Tu sueldo—le dice— no me hace feliz. Le tienes más corto

que el de un aprendiz. — Y como adueñarse de mucho dinero desea la novia de Antonio el obrero, su querer desdeña la ingrata mojada y como otras muchas se hace cupletista. Cantando *la pulga*, como es natural, la pretende un viejo de gran capital. Ella acepta, ¡claro! Pero el pobre Antonio al saber, ya tarde, de aquel matrimonio, con una navaja de las de afeitar quiere darle un tajo en la yugular. Ella le disuade de tales intentos; y tan convincentes son sus argumentos, que el cajista accede á sus pretensiones y siguen como antes con sus relaciones. —Lo importante —acaban los dos exclamando—

es en este mundo poder *ir tirando* La *pieza* ha gustado una atrocidad; y hoy cobra el barbero en la Sociedad de Autores quinientas pesetas mensuales, mientras otros muchos no cobran dos reales. Yo no sé la causa ni la relación que con ello pueda tener mi afección; pero ¡ay! es el caso que rabio y maldigo y cuando me acuesto dormir no consigo. — Así les decía á los que escuchaban un escritor de esos que nunca se lavan, y como callasen torde la reunión, uno fué y le hizo esta observación: —Lo que le atormenta yo sí que lo sé: que *eso* no se le haya ocurrido á usted.

Adolfo Sánchez Carrère



—¡Pobre hombre! Se le han muerto dos tíos y una abuela en menos de quince días. ¿Cómo debe encontrarse!
—Pues debe encontrarse con unos 40.000 duros.



—¡Una mujer, á quien yo adoro, acusarme de haberla querido envenenar! No hay más que abrirle el estómago, doctor, y verá usted que eso es una calumnia.



REGORIO Martínez Sierra ha puesto á la venta *Canción de cuna*, en unión de *Lirio entre espigas* y *El ideal*, admirable comedia aun sin representar.

El triunfo de Martínez Sierra nos demuestra que la literatura no es un estorbo en el teatro, como creen los señores *currinches*, quienes opinan que la clave está en el arte estupendo de mover los muñecos.

Canción de cuna es una obra esencialmente literaria y posee lo que de verdad constituye el secreto del arte: la emoción.

Los que conocemos la trabazón, la manera cómo se hace la literatura, es difícil que nos dejemos coger; tenemos un blindaje contra el sentimentalismo, y para llegar á nuestro corazón es preciso una llave mágica. Martínez Sierra ha sabido abrir el arca de sándalo de nuestro sentimiento; yo confieso que al leer, he tenido el llanto en los ojos y que la divina poesía lunar y melancólica de aquel ambiente me sahumó el alma con celestes aromas castos y milagrosos.

Yo he llorado en *El místico* y en *El patio azul* de Rusiñol; todo lo demás que he visto y leído—excepto *El embargo*, de Gabriel y Galán—no ha tenido la magia suficiente para darme la preciosa emoción. Acaso en *La fuerza bruta*, de Benavente, en la despedida de Fred, el clown maltrecho...

Canción de cuna es la más bella obra de teatro de estos últimos tiempos, y su éxito es la consagración del artista, que, á su temperamento de poeta, su ingenio sutil y su cultura, une una gran voluntad de monje benedictino.

Y la emoción está en la poesía alada, alba y llena del gran dolor vital de lo irremediable.

Todos los críticos han opinado que el primer acto es de señaladísima superioridad. Yo creo que el segundo es insuperable, aunque sea menos armónico en conjunto.

Las tocas negras han substituído á las de lino blanco que aleteaban como palomas al pasar bajo los vitrales. Sor Juan de la Cruz y Sor Marcela tienen tal vez algún hilillo blanco entre los cabellos y se consumen en su propio amor, condenadas al bárbaro suplicio de amar ó no amar. El sol de primavera, el incensario florido del huerto monacal, llevan ardiente conturbación á sus almas de pardo y las invade una inmensa melancolía, que es la nostalgia intensa de vivir que triunfa más allá de los muros grises. Cada una dejó un poquito de corazón allá en el pecado del siglo, y en la soledad de la celda tal vez suspiran por el dulcísimo pecado.

Teresa encarna la adolescencia, el amor humano, la libertad. La novia ardiente y enamorada, al hablar del hombre á quien adora, hace asomar las lágrimas á los divinos ojos de la monja. ¿Os acordáis de Campoamor, el gran poeta, primero de su siglo, cuyo nombre tiene oros de inmortalidad en mi iconografía?

«Luego en la esposa del mortal miraba
la risa del amor,
y sin poderlo remediar, lloraba
la esposa del Señor.»

Cuando llega el momento de la separación, los corazones se rompen en el pecho. Es la amargura trágica de los amores para siempre. En cada abrazo hay un gran temblor de almas. Mayo perfuma las estancias grises, el sombrío locutorio; la alondra tiende su vuelo, y aquella paz de melancolía tendrá algo de sepulcro momentos después.

«Era una dulce tarde en el mes de María», y la dulzura del jardín, de las tonadas ingenuas y candorosas, de la flora nueva, subrayan amargamente el instante.

Luego suena, alejándose, el alegre cascabeleo del coche. La campana llama á coro, y la liturgia tiene melancólicas resonancias de miserere en la divina tarde azul. Sor Juana, á los graves acordes corales, rompe en sollozos, que es la divina y única elocuencia de los grandes dolores. ¡Ella fué quien diez y ocho años antes arrulló á la hija de nadie, dormidita en su cuna, con claras y sencillas palabras de una excelsa ternura!

«Ya que toda mujer, porque Dios lo ha querido,
dentro del corazón lleva un hijo dormido.»

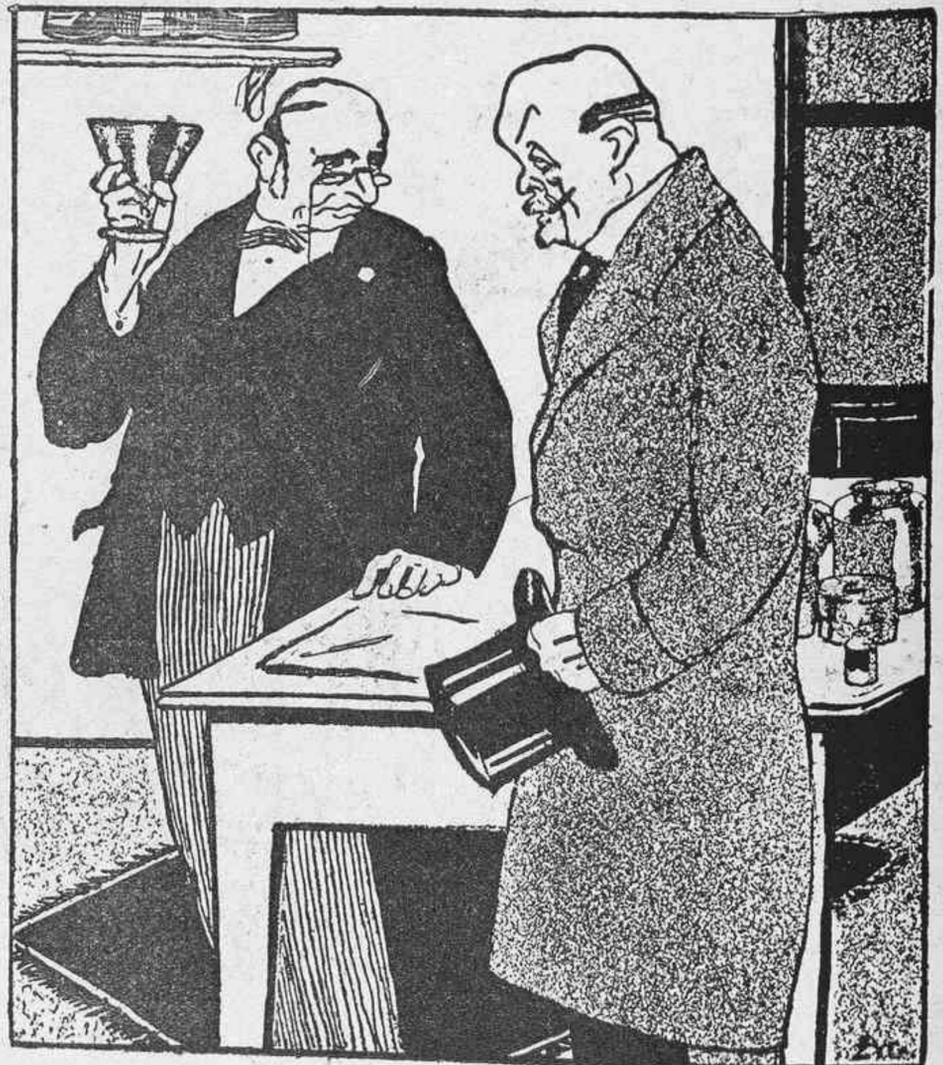
También entonces cantaba el coro, que ahora es un melancólico ritornello.

En la obra se advierte un sumo atildamiento de forma, una gran armonía y una admirable observación. *Canción de cuna* es la mejor obra del teatro poético contemporáneo—junto con *El alcázar de las perlas*—, pues aunque sólo el intermedio está escrito en verso, tiene una penetrante poesía libre de consonancias, perfumada y sutil.

Es de esperar que muy pronto se estrene *El ideal*, comedia de gran valor teatral, muy moderna y de un gran interés de oportunidad.

Emilio Carrère.

ANALISIS



El médico: Del análisis resulta que tiene mucha azúcar.
El cliente: Me sorprende, porque nunca he sido goloso.

CONFETTIS NEGROS

I

—Decididamente, este ha sido el último Carnaval risueño, juvenil de mi vida; estoy en mi último acto, ó, por lo menos, en la amarga iniciación del desenlace. Si; soy un honorable viejo prematuro. ¿Que aun no tengo los cabellos de plata? ¡Bah!, ¿y qué? Mis canas caen por dentro; no se ven, pero caen; caen con anónima solemnidad; como caen las horas, y los días, y los meses, y los años; como cae toda la heterogénea ruina de la vida y de las cosas.

Tal pensaba González, el ex gentil González, ante el velador de la cervecería, repasando mentalmente la pintoresca película de su reciente ayer, impreciso y nebuloso como las espirales que se escapaban de su cigarro puro.

Y continuó cavilando de esta guisa: —Ni siquiera amo ya; ¡es un dolor! Porque si amo animalmente con el sexo, no amo con la fe... Mi *ella* no ha cristalizado; fué un ensueño inencarnable. Por todas partes Eva, la frívola, la mariposa, la niña ávida de diversiones, y de bienestar, y de risas.

González hizo un mal disimulado é inconsciente gestecillo de dolor, mirando imprecisamente á la vaguedad de la techumbre.

—¡Ay, sí; estoy triste, sin saber por qué! ¡Es un síntoma bien gráfico! Me parece que hasta la risa general está en crisis...

Malhumorado, echó unas monedas sobre el velador, apuró de un sorbo el dorado residuo de cerveza y salió como automáticamente del establecimiento. Estaba muriendo la tarde con una tisis fría, incolora, sin arreboles.

II

Echó á caminar calle adelante abstraído, como si estuviera solo en medio de un campo.

Se le desbocaba la fantasía. Pensaba en mil cosas al mismo tiempo. Sus ideas, mezclándose en ensalada rusa de recuerdos, bailaban dentro del cerco de su cráneo una batuda dantesca y dislocada. ¿Quién no ha sufrido alguna vez en su vida ese minuto nervioso de alienismo, de disparate, de incoordinación?...

Por fortuna, González lo destruyó pronto, debido á un ciclópeo esfuerzo de voluntad, y, ya más sereno, orientó hacia un rumbo determinado el hilo negro de sus ideas.

Y pensó en lo dulce y digno que debe ser el hecho valiente de morir como Séneca, abriéndose una vena dentro de un baño tibio de agua de rosas.

Acariciando esta idea con cierta voluptuosidad felina, de tigre, llegó al hotel.

Un «groom» le salió al encuentro al ir á embocar la escalera.

—Señor, esta carta han traído, recomendando que se le entregase con urgencia...

—Trae.

Subió mientras rasgaba la neta de la misiva.

Ya en sus habitaciones, leyó:

«Mi vida: Te necesito, te amo; no lo dudes, por Dios. Hazme la merced de creer una vez siquiera en tu vida en labios femeninos. Te quiero desinteresadamente, plenamente, románticamente. Yo te juro que para mí, contra lo que tú injustamente supones, no eres una amenidad; eres algo más grande, más imprescindible y más serio; eres un completo amor vitalicio...»

Al llegar aquí, González sonrió. Y siguió leyendo:

«Y aunque reconozco que tengo alguna cultura, no creas que, al hablarte así, me las echo de literato hembra. El atildamiento de mi feminidad no gusta de manifestarse con la pluma, sino con el alma. Para probártelo una vez más necesito que vengas ahora. Cenaremos juntos. Estaremos solos. Ven.

Tuya, Lili.»

González, una vez en su habitación, sacó de un secreter un paquetito de cartas azules, lo precintó y luego escribió en una hoja limpia de papel:

«Lili: Siento contrariarte, aunque sé que tu contrariedad durará, por fortuna, unos minutos, que es lo que suelen durar las contrariedades de las mujeres. No me esperes á cenar. Me retiro de la vida; en serio, te lo juro. Cuando recibas esta carta me habré abierto las venas. Dímelo, con carácter de irrevocable. No quiero más carnavalina humana.

Recibe este beso casi póstumo.
Adiós.»

III

Amanece.

González, á fuerza de pensar en el suicidio, aunque sin decidirse á ejecutar el autoespoliorium, á las tres de la madrugada se había quedado dormido sobre la cama, á medio desnudar, y con la navaja de afeitar en la mano y abierta.



—Por fin Rosita ha conseguido tener auto.

—Ya era hora. Tanto ha corrido tras él, que lo alcanzó.

Andando de puntillas penetra en la alcoba Lili, sonríe satisfecha al hallarle en aquella forma, se acerca al lecho y despierta á González con un beso.

—¡Qué loco eres! ¿No ves que te has podido cortar?

—¡Ay, es verdad; qué imprudente soy! ¡Bésame, acaríciame, hazme creer que es verdad tu amor! ¡Que siga la hermosa carnavalina de la vida!

Ella, emocionada, le acarició.

—¡He tenido una pesadilla más desagradable! ¡Si vieras, Lili!

—¿Qué soñabas?

—Soñaba que estábamos muertos. Y que, sin embargo, celebrábamos el domingo de Piñata en el coso de siemprevivas del cementerio, arrojándonos el uno al otro confettis negros...

Francisco de la Escalera.

La eterna fuente

Por la calle arriba,
por la calle abajo,
camina una niña
con los pies descalzos.
Su cabello es de oro,
y su rostro es pálido,
¡y sus piecitos
se la van helando!...

Pasa un hombre anciano,
y la nena exclama:
—¡Deme una limosna!...
y el hombre contesta
pasando de largo,
sin casi mirarla,
diciendo el eterno:
—¡Dios te ampare, hermana!

Por la calle arriba,
por la calle abajo,
la moza camina
cantando despacio...
Su cabello es de oro...
y su rostro es pálido...
y sus ojos verdes
miran provocando...

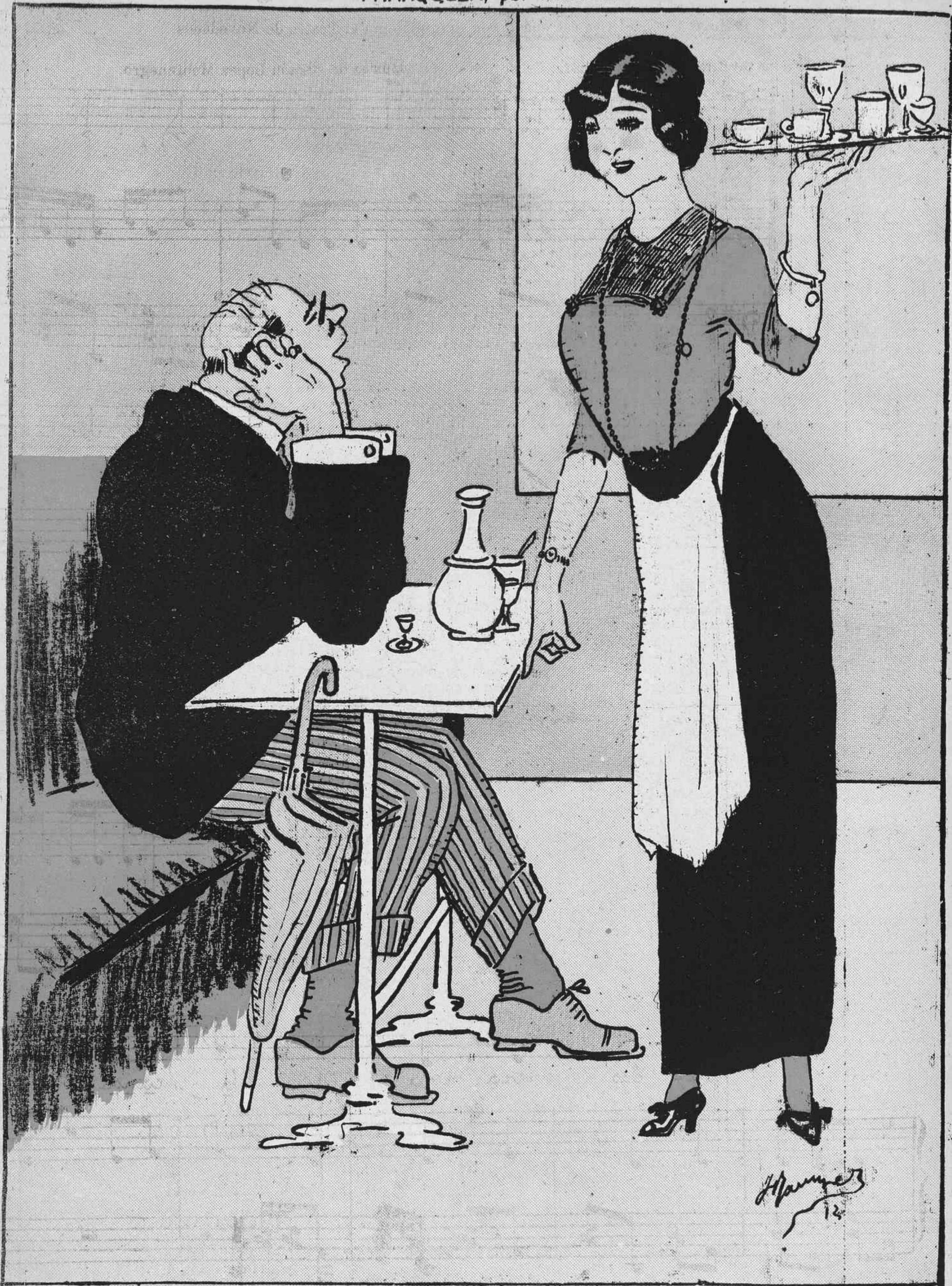
No sé qué amargura
ni qué desengaño
hay en su mirada,
brota de su canto...
¡de su canto triste,
que tiene el desgarró
de dolores hondos...
de supremos llantos...

Pasa un hombre anciano
que detiene el paso...
por señas la llama...
para ella su canto,
y después que hablaron
un diálogo cauto...
por la obscura calle
se fueron del brazo...

.....
Esa bella moza
de los ojos glaucos
es... aquella niña
de los pies descalzos...

La negra miseria
guiaba sus pasos...
¡por la calle arriba,
por la calle abajo!...

G. Morenas de Tejada.



El: Cuando un hombre encuentra una mujer que le quiera á él sólo, es feliz.
Ella: ¿Conoce usted á alguno?

EL GATO RUBIO

(3)

Juguete cómico-lírico estrenado con gran éxito en el Teatro de Novedades.

Letra de Enrique López Marín.

Música de Ramón López Montenegro.

Canto

(con las piedras)

Piano

The first system of the musical score consists of three staves. The top staff is for the vocal line, labeled 'Canto', and contains a melodic line with a key signature of one sharp (F#) and a 2/4 time signature. The middle staff is for the piano accompaniment, labeled 'Piano', and features a rhythmic pattern of eighth and sixteenth notes. The bottom staff is a grand staff for the piano, with a treble and bass clef, showing the harmonic accompaniment. The piano part includes a prominent five-fingered chord in the right hand.

The second system of the musical score continues the piano accompaniment from the first system. It consists of three staves: a grand staff for the piano and a vocal line. The piano part maintains the rhythmic and harmonic structure established in the first system, with a focus on the five-fingered chord in the right hand.

Polímar

Coro

La moza que ya tie- ne Ená triá triá

The second system of the musical score features a vocal line and piano accompaniment. The vocal line is divided into two parts: 'Polímar' and 'Coro'. The lyrics are 'La moza que ya tie- ne Ená triá triá'. The piano accompaniment continues with the same rhythmic and harmonic patterns as the first system.

Polímar

Coro

Polímar

Treinta cum - pli - dos triá triá triá y cansa se espe-

The third system of the musical score continues the vocal line and piano accompaniment. The vocal line is divided into three parts: 'Polímar', 'Coro', and 'Polímar'. The lyrics are 'Treinta cum - pli - dos triá triá triá y cansa se espe-'. The piano accompaniment remains consistent with the previous systems.

(2)

Coro

Polinar

rarlo - - y cansa de espe- rarlo - - Comprimma

Coro

Polinar

Coro

ri- do trá trá trá - se ex- po- ne a que la gen- te

Coro

Polinar

Coro

trá trá trá luego le di- ga trá trá

Polinar

Coro

trá E- soes qui tienes mie- do de la pa- li- lla E-

continna

so es que tienes mie-do - - de la po-li-ti-ca - -

Polinario
En la me-dia a la Juana por de tras se be-

ven tres com-pi- dos muy gran des en rin-gle-ria los

tres y su ma-dre le di-ce se cu-ri-o-sa mu-ger pa-que

(4)

no te los ve-an vuel ve - la del re - ves y su

The first system of music features a vocal line in treble clef and a piano accompaniment in bass clef. The vocal line contains the lyrics "no te los ve-an vuel ve - la del re - ves y su". The piano accompaniment consists of chords and moving lines in the left hand.

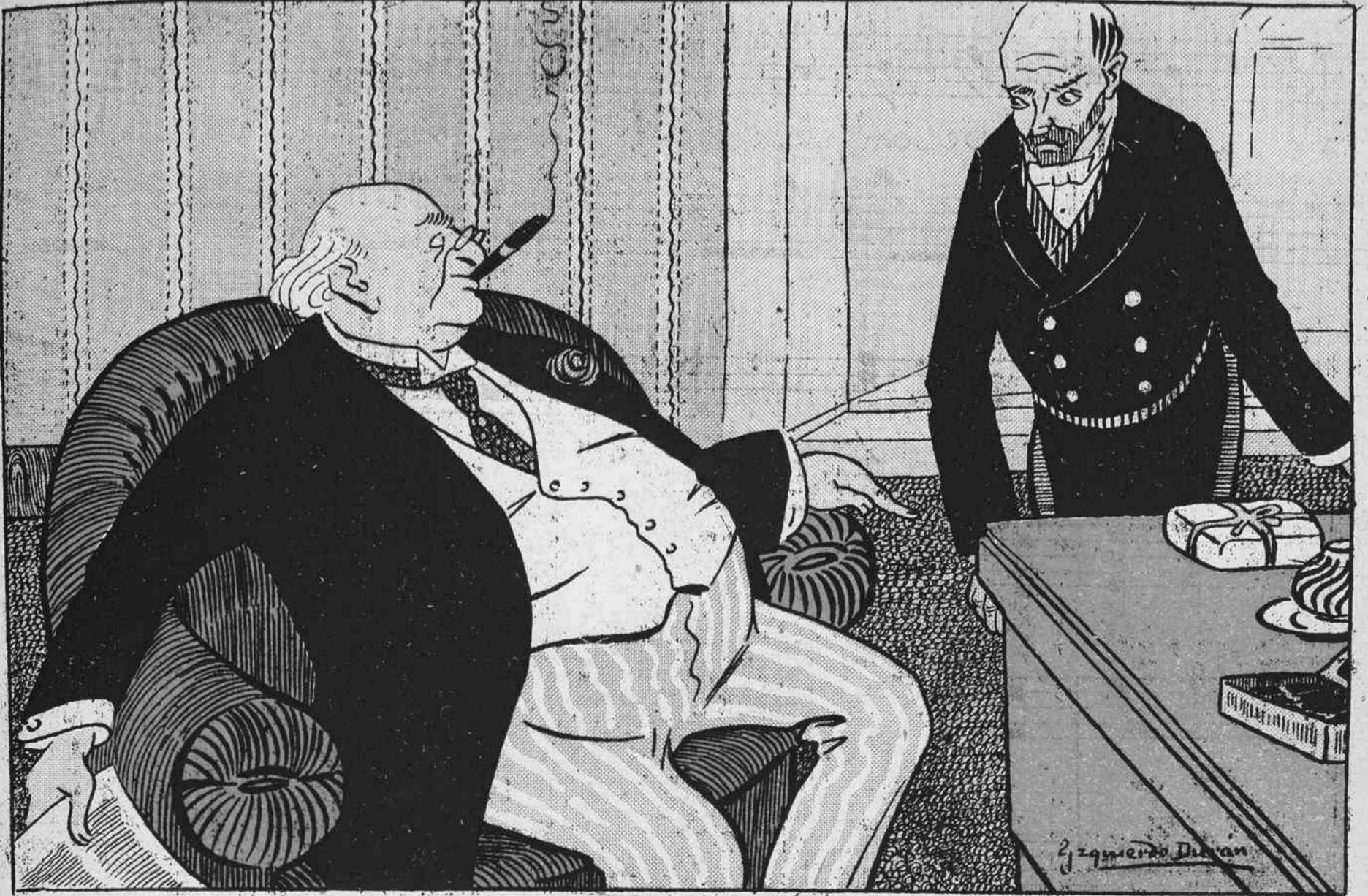
ma - dre le di - ce se cu - mo sa mi - ger

con las piedras

The second system continues the vocal line with the lyrics "ma - dre le di - ce se cu - mo sa mi - ger". The piano accompaniment continues with similar harmonic support. A key signature change to one sharp (F#) is indicated at the end of the system with the instruction "con las piedras".

This system shows the piano accompaniment for the third system, featuring a melodic line in the right hand and a harmonic line in the left hand. A triplet of eighth notes is marked with a "3" in the right hand.

This system shows the piano accompaniment for the fourth system, continuing the melodic and harmonic development of the piece.



—Que entreguen esto á la marquesa y que baje la señorita, que tengo que darle muchos besos.



—Toma lleva esta caja de dulces á casa de la marquesa y de mi parte da muchos besos á la señorita.

CRONICA DE PARIS

EL CALVARIO

Hace ocho días, ayer, hoy por la mañana, Fulano salió hecho un héroe á recorrer el calvario, muy duro y muy parisiense para un fulano tan pobre como el mío, de buscar cuarto. Fumaba un insípido y envenenador *Maryland*, y hasta creo que sobre la solapa de su holgado gabán se consumía la obscura fragancia de un ramito de violetas.

Entró en un portal, saludó atentamente á la cancerbera con un *Bon jour* almibarado, y preguntó por el «apartement» que se alquilaba.

La absurda señora miró á don Fulano desde las violetas á los botines, desde sus ojos relucientes hasta sus botas brillantes, y exclamó:

—¿Es para usted?

—Sí, señora. Estoy casado, vengo de España y quisiera...

Fulano no pudo continuar su ingenuo informe. La portera le atajó displicentemente.

—El dueño de la casa no quiere matrimonios, ni estudiantes, ni extranjeros, ni viudas con perros, ni casadas con hijos...

—Pero...

—Imposible, señor.

Fulano, que es un buen hombre, murmuró en su idioma natal un comentario relativamente incorrecto y, desde luego, poco favorable para la portera y su distinguida familia, y salió á la calle.

Pocos minutos después entraba en una nueva casa, donde se alquilaba otro cuarto. El portero miró á don Fulano con esa impertinente curiosidad en que son maestros los porteros, los que viajan en tren y las madres políticas, y se limitó á murmurar:

—Aquí, en esta casa, sólo se admiten hombres. Nada de matrimonios.

—Le diré á usted. Yo...

—Sí, no lo niego; pero... en esta casa no «queremos» matrimonios.

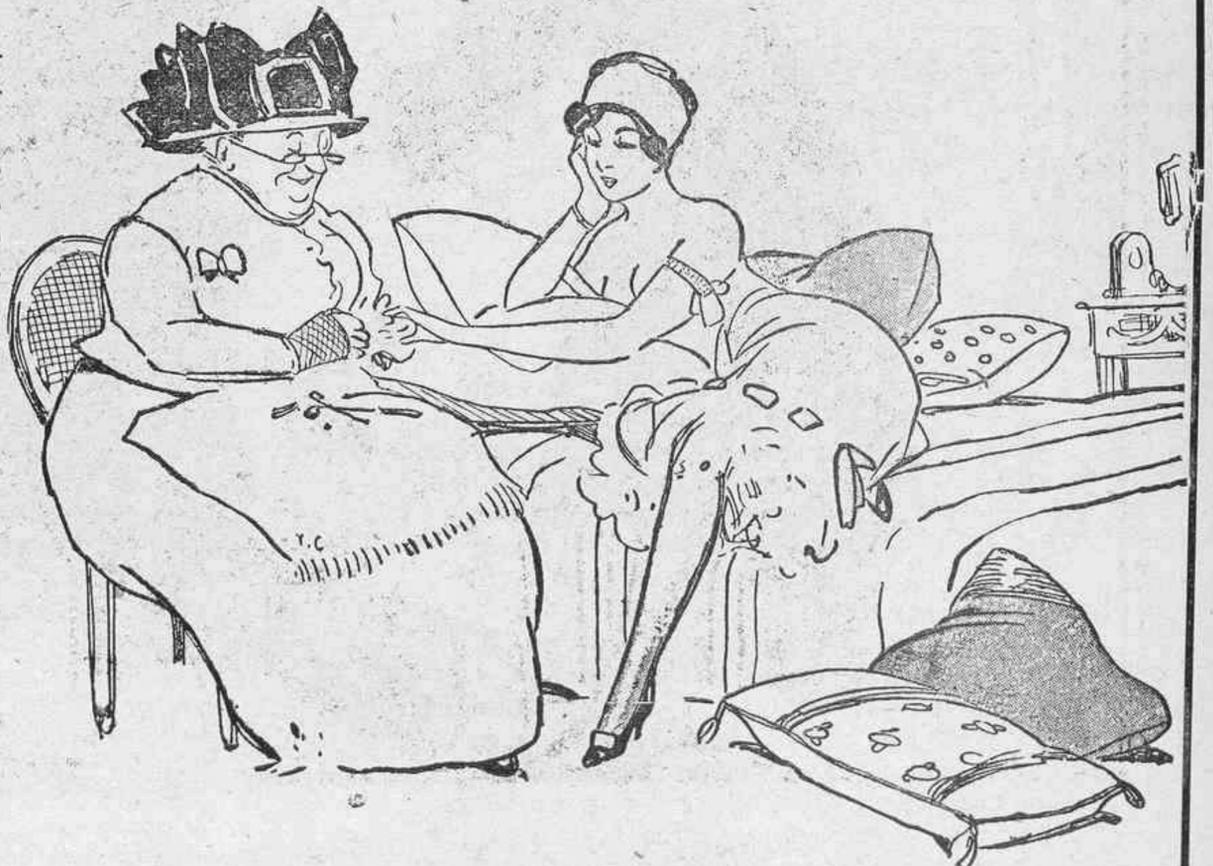
Después de lo cual, y en vista de que no se encontraba una «fórmula honrosa», Fulano resolvió salir del portal, evitándose de este modo una controversia poco parlamentaria.

París continuaba llenando las calles con el simultáneo olor, siempre asociado y jamás avenido, de las violetas y la gasolina de los taxis. Fulano, serenamente, sin romper la armonía interior—tan necesaria para todo, incluso para buscar cuarto—iba de un distrito á otro como en «sus mejores días» de Madrid, cuando ignoraba que los cigarrillos y los caseros españoles son, poco más ó menos, como los de la adorable Francia.

Encontró un cuarto que «podría» convenirle; pero la portera estaba comiendo—era mediodía ya— y Fulano no pudo verla, porque después de un diputado nada hay tan inviolable como una portera parisina cuando acomete á un plato de *choucroute*. Fulano volvió por la tarde, á las dos; mas la distinguida señora declaró que no tenía la llave en aquel momento, y nuestro hombre tuvo que irse en busca de otros portales y otros obstáculos. Dijéronle en unos que sólo podría alquilar el cuarto para el trimestre próximo; comunicáronle en otros que el cuarto era interior y que constaba de comedor y alcoba y que la renta era de buenos cientos



—Fíjate que raro. Ninguna pareja de novios se ha escabullido hoy al ajrdín.
—No es extraño; hay luna llena.



—Tiene V. unas manos que valen un dineral.
—Claro; el que V. me cobra por arreglármelas.

de francos y que sería preciso averiguar «quién era don Fulano»; advirtiéronle en el de más allá que como acababan de sonar las cuatro de la tarde ya no podían enseñarle aquel día la habitación; y, por fin, manifestáronle en el último que el cuarto, á pesar del cartelito olvidado en la calle para desmentirlo, estaba alquilado ya...

Las violetas de Fulano se habían marchitado y Fulano hallábase como las violetas. Afortunadamente para él, su conformidad era inagotable. Y hace ocho días ayer, hoy por la mañana, Fulano ha vuelto á salir, hecho un héroe, á recorrer el calvario, muy duro y muy parisiense para un fulano tan pobre como el mio, de buscar cuarto...

París, voltario y heterogéneo, luminoso é incomparable, con edificaciones muy grises y jardines muy verdes, es una gallina, enorme clueta que empolla cuervos. En París, hace poco tiempo un matrimonio con cinco ó seis pequeños tuvo que dormir de caridad en un edificio público. Ningún casero accedía á admitir á aquella gente. En parte alguna halló esta familia un techo hospitalario. Y los periódicos pusieron el grito en los sotabancos, y la desventurada prole pudo refugiarse en un barracón, con su buen letrero en percalina, irónicamente redactado, explicando el cómo y por qué los caseros parisienses son de una cordialidad pétreo que maravilla. Y Fulano, mi buen Fulano, sigue buscando cuarto á través de esta populosa urbe; y de vez en cuando, al atravesar las Tullerías, se detiene para ver á estos sentimentales franceses que distribuyen medio kilo de pan á los pajarillos, ó interrumpen el paso en la plaza del Châtelet, donde—bien visible y llamativo—los humanitarios pusieron un cartelito que dice: «Sed buenos con los animales.»

E. Ramírez Angel.

París, Marzo 1912.

En la plana nueve se ha deslizado una errata de importancia. El pie de los dibujos corresponde el del grabado 1.º al 2.º y viceversa. Aunque el buen juicio de los lectores lo habrá comprendido así, hemos creído conveniente advertírselo.



—Ese señor, con esa cara y esos modales groseros, no pone ni quita nada.
—Sí; quita las ganas de comer.



—Dese V. prisa; quiero herirle pronto, porque viene por allí un acreedor mío y voy á tener que salir corriendo.

El bajel de la Vida.

Sobre un mar apacible, bajo el azul del cielo, velado por las gasas que el ocaso despliega, como un ave gigante que tendiese su vuelo, el bajel de la Vida blandamente navega.

Su quilla va marcando una estela de espuma, tan blanca y transparente como las ilusiones; y la costa lejana poco á poco se esfuma llenando de tristeza todos los corazones.

En la proa del buque un decrepito anciano recuenta las monedas de un inmenso tesoro, y entre la piel rugosa de su peluda mano, sonoras y cegantes, fluyen las onzas de oro.

Un doncel arrogante y un bravo mosquetero el amor de una bella discuten á estocadas, y del sol moribundo, el rayo postrimero arranca á sus tizonas fulgencias argentadas.

Encima de una cuba grasienta y pestilente dos hombres harapientos de Baco adoradores abrasan sus estómagos con un líquido ardiente,

que luce en unas copas sus sangrientos colores.

De codos en la borda Pierrot adolorido lamenta las traiciones de la infiel Colombina; mientras Polichinela, orondo y presumido, ante el cuerpo sin alma de la hermosa se inclina.

Erguido en su carroza dorada y esplendente el gran Apolo temple las cuerdas de su lira; y en un rincón oculto, lenta, desfalleciente, la flauta de Pan llora, ríe, canta y suspira.

En el centro de un círculo de ramerás y hampones muequea y disparata un grotesco payaso, y de sus labios brotan repugnantes canciones, y sus dedos se crispan sobre el traje de raso.

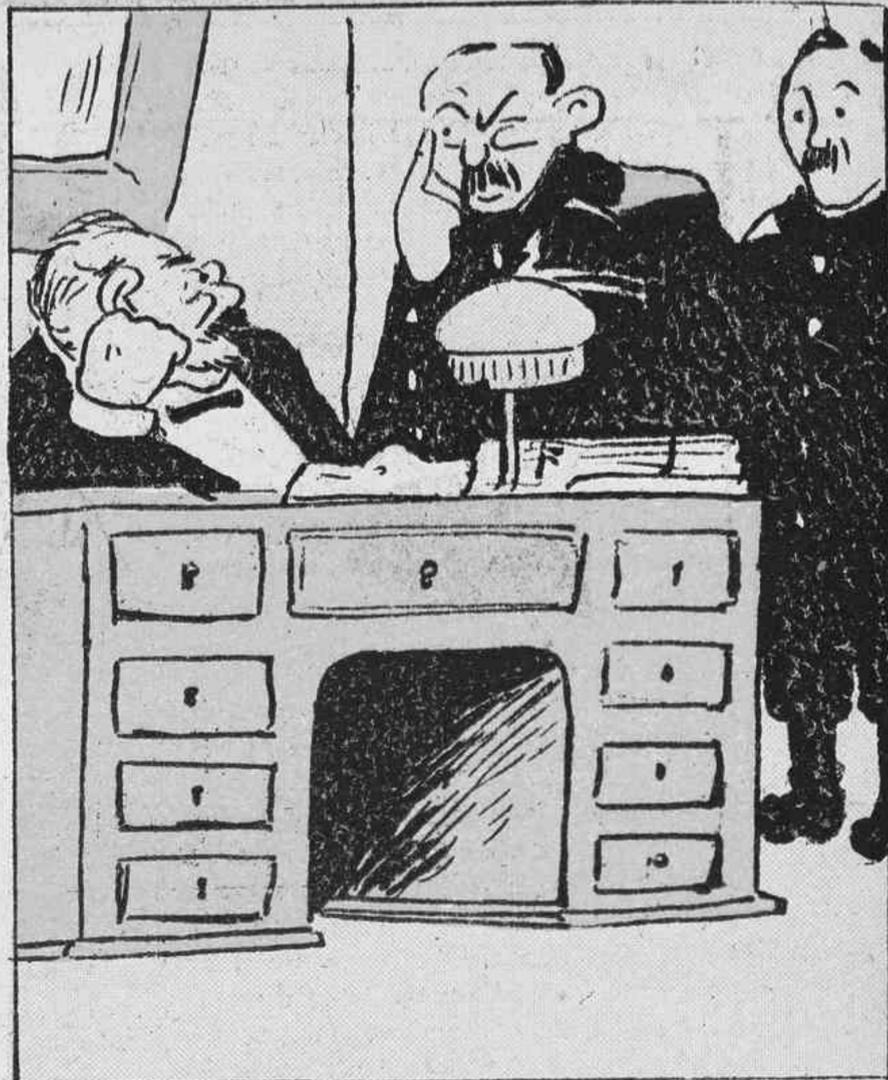
Aquí vocea un loco; allá ruge un bandido; lejos maldice á un hombre una mujer celosa; tras un rollo de cuerdas agoniza un herido; una oración se eleva perfumada, piadosa...

Y sobre este conjunto brutal y discordante, donde el débil se humilla bajo el poder del fuerte, donde á un odio se opone un corazón amante, resuena apocalíptica la risa de la Muerte.

Juan José Llovet.



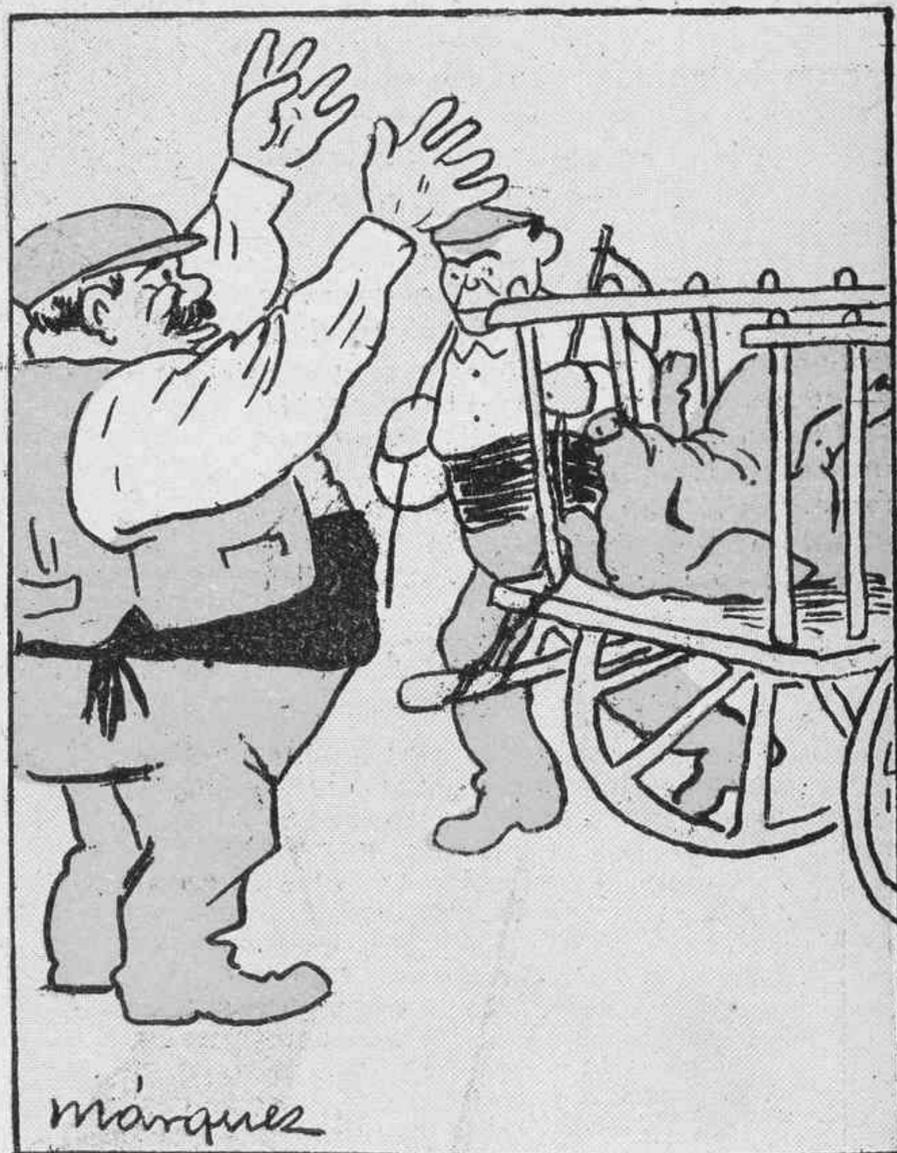
Dos guardias oyen el siguiente diálogo:
—Lo traes aquí ya «degollao» y aquí lo descuartzizamos.



Ponen el hecho en conocimiento del comisario, quien les encarga el servicio de descubrir y detener a los supuestos criminales.



El día de autos los guardias apostados en la esquina, acechan y vigilan.

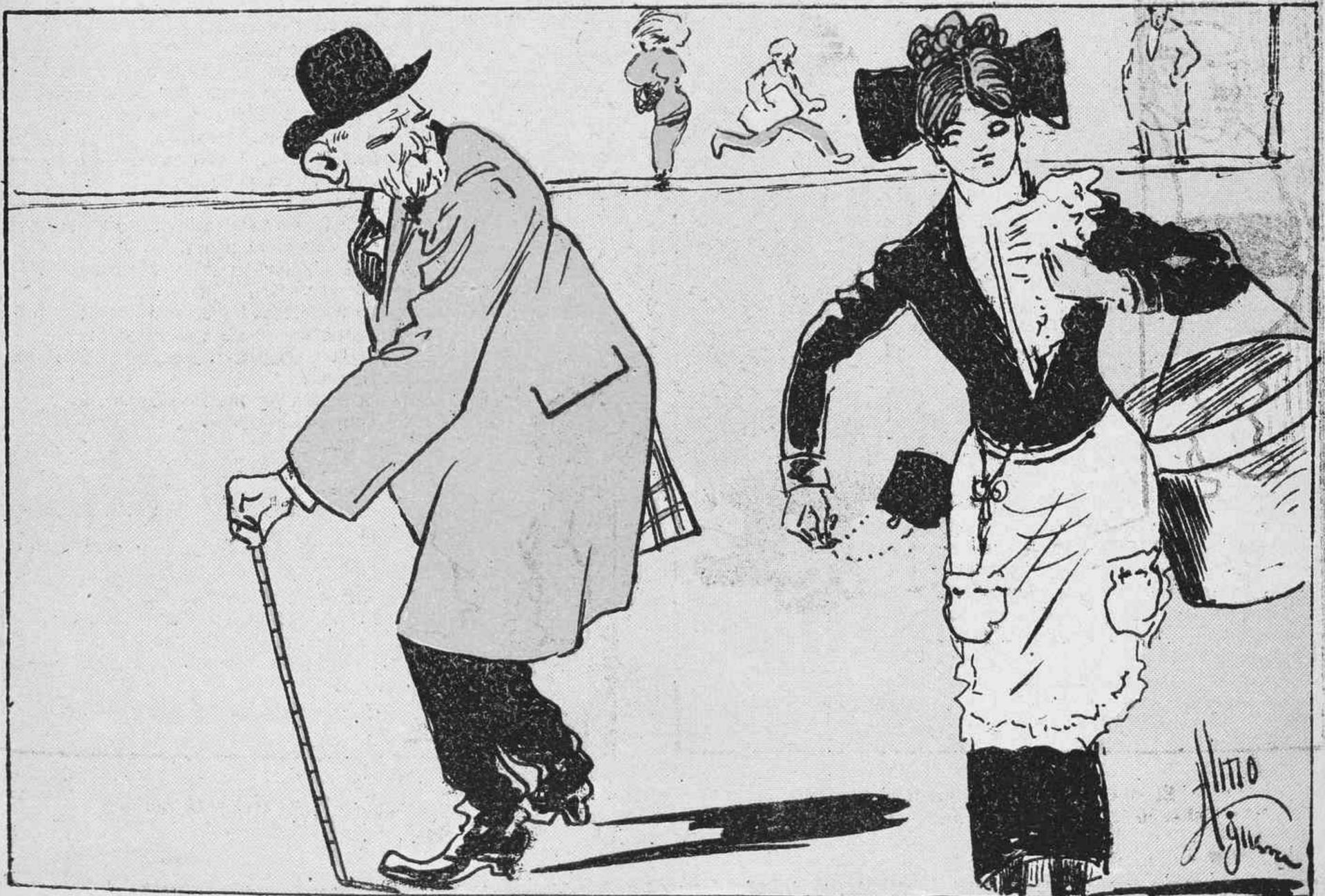


Y efectivamente, se tiran la primer plancha.



— ¡Burro, y se ríen!... ¿Me habrán mirado bien á la cara?

DONDE LAS DAN...



— De buena gana lo llevaría la caja.
— Sí que la va necesitando sí y una carroza fúnebre de tercera.

Almoguera

¡TODO SE SABE!...

A la primera campanada de las doce, los obreros, cual si fuesen muñecos automáticos puestos en movimiento por el reloj que presidía los trabajos de la obra, dejaban lo que entre manos tuviesen y corrían á almorzar descolgándose ágilmente, de piso en piso, á lo largo de los andamios. Entonces la casa quedaba inmóvil, con sus ventanas sin puertas y sus tabiques á medio concluir, silenciosa y triste como jaula vacía; el martillo y el yunque interrumpían sus ruidosos combates; las paletas repelladoras, arrojadas contra el suelo por la mano impaciente de los albañiles, yacían al pie de las paredes, sobre montones de cal. En la calle, los obreros, sentados junto á la valla y á lo largo de la acera, almorzaban.

Aquel día la gente se puso á almorzar preocupada por un lance ocurrido en las primeras horas de la mañana y que, supuestos los verdaderos móviles provocadores, revestía bastante gravedad.

Los albañiles Pedro Hurtado y Francisco Ruiz habían reñido, porque el primero no quiso coger una espuerta con ladrillos que su compañero le pedía.

—Adiós, príncipe — dijo Ruiz —, no hagas ná, ¿oyes?... No hagas ná, porque se te puen caer los anillos...

—¿Sabes lo que te aconsejo?—repuso Hurtado— que no hables conmigo.

—¿Por qué?

—Porque... eres muy poquita cosa pa mí, porque eres tan chico, que hablas y no te oigo...

Y agregó con voz alterada, cruzándose de brazos delante de su interlocutor:

—Y porque tengo muchas ganas de cortarte el cuello... ¡vaya!...

—¿A mí?

Francisco metió rápidamente la mano en la faja, buscando un cuchillo; pero los que presenciaban la disputa tuvieron el filantrópico acuerdo de intervenir oportunamente, y la cuestión no siguió adelante. Aquel lance se comentó largamente en voz baja; cada cual dijo lo que supo, y los mejor informados aseguraron que Francisco Ruiz y la mujer de Pedro Hurtado se querían, y que Pedro barruntaba su afrenta: la espuerta de ladrillos, por tanto, sólo fué el pretexto de que el esposo procuró valerse para limpiar su honra; y puesto que no logró su deseo, claro es que el drama continuaba en pie y que el epílogo, un epílogo trágico, no se haría esperar.

Transcurrieron varios días sin que los dos hombres volviesen á encontrarse; el marido, una vez descubierto el rastro del crimen, seguía la pista, buscando una prueba irrecusable del adulterio, y con ella un motivo para reñir con su rival y matarle; y Ruiz, conociendo las intenciones de su enemigo, se retraía, procurando aminorar el peligro con la distancia.

Una noche, Pedro Hurtado, al entrar en su casa, sorprendió á Gregoria, su mujer, leyendo una carta; la joven estaba de espaldas á la puerta, abismada con criminal delectación en la lectura. Al sentir los pasos de su marido, volvió la cabeza, disimulando; él no dijo

nada y cenaron alegremente, cual si entre ellos no hubiese ningún secreto. Luego se acostaron y Hurtado se durmió pacíficamente, con la tranquilidad del hombre resuelto que, tras largas vacilaciones y titubeos, logra al fin determinar su línea de conducta. Al día siguiente, poco antes de la hora de almorzar, Pedro Hurtado y Francisco Ruiz se encontraron en uno de los andamios más altos de la obra. Hurtado llegó á su enemigo y dijo señalando hacia la calle:

—¿Conoces á aquella mujer?

—Sí. ¿No he de conocerla? Es la tuya.

—Y la tuya; esa mujer es nuestra, de los dos... ¿estamos?... Conque, vamos á ver cuál de nosotros sale á recibirla...

Diciendo así se arrojó sobre Francisco Ruiz, sujetándole por debajo de los brazos; éste intentó defenderse. Durante algunos segundos ambos rivales lucharon desesperadamente sobre la angosta tabla del andamio; de pronto Ruiz resbaló y cayó al abismo dando vueltas, yendo á estrellarse contra las piedras de la calle...

Un grito formidable, el grito unánime de los obreros horrorizados, respondió al eco siniestro de aquel salto mortal. La muerte de Francisco Ruiz fué instantánea; tenía el cráneo deshecho, los brazos partidos, y una costilla rota le había atravesado el corazón. Nadie sospechó que aquello fuese un crimen.



¡Qué penal! Quedarme sin mi Ruperta cuando estábamos casi en la luna de miel. Catorce años de matrimonio nada más.

todos creyeron que se trataba de un accidente puramente casual, y Pedro Hurtado parecía tan afligido como sus demás compañeros. Pasados los primeros momentos de pánico, cada cual volvió á su trabajo, el juzgado se llevó al muerto, y á la primera campanada de las doce, según costumbre, los obreros salieron á comer. Todos se apresuraban en referir á sus mujeres lo ocurrido, y aquél día el almuerzo fué más alegre que de ordinario.

Muchos años después, una noche, estando de sobremesa, Gregoria y Pedro Hurtado comentaban los pormenores de un crimen misterioso. Los autores del atentado, según lamentable costumbre, «no habían podido ser habidos»...

—Esos criminales que quedan impunes—exclamó el albañil sentenciosamente—cuentan con la ayuda de Dios.

Ella se encogió de hombros, con aire de disgusto.

—¿Por qué? preguntó.

—Porque hay crímenes que parecen asesinatos y son venganzas necesarias, justísimas. En el presente caso, ese marido hizo muy bien en huir después de matar al amigo de su mujer. Ten por cierto que yo, en su puesto, hubiese hecho lo mismo.

—Lo creo.

—Porque ignoro si sabrás que, aunque ya voy siendo viejo, aun no he hallado quien me encenice la frente...

Lo dijo levantando la voz, con la petulante prosopopeya de los rencorosos que saborean el recuerdo de una venganza. Y añadió:

—En estos adulterios la mujer no es la única responsable.

—¿Pues quién?

—El amante, el hombre, que busca y suplica y aprovecha las ocasiones que el demonio le ofrece para triunfar.

Continuaron hablando, zahiriéndose con frases incisivas que descubrían un odio sordo y terrible.

—Ciertos crímenes—afirmó ella—quedan impunes porque... no hay quien se atreva á decir:—«Yo lo vi...»

—Es natural—contestó el albañil—; todo no se sabe, ¿verdad?...

Gregoria clavó en su marido una mirada penetrante, casi rencorosa:

—Te engañas—repuso;— ¡todo se sabe!... ¡Lo juro!...

—Muchos piensan como tú.

—Y no se equivocan.

—¿Estás segura?

—Segurísima...

El la miró con aire pensativo.

—Eso he creído yo también algunas veces—murmuró.

—Pues... sigue creyéndolo; todo se sabe, Pedro... ¡todo se sabe!... Y créeme, no hablemos más.

Por la frente de los dos viejos acababa de pasar el siniestro recuerdo de Francisco Ruiz, retorciéndose en el espacio...

Hubo unos instantes de silencio trágico.

—Sí, Gregoria—repuso el albañil bajando la cabeza—; dices bien... ¡todo se sabe!... Pero, por lo mismo que todo se sabe... ¡más vale que no hablemos!...

Joaquín Segura.

INFORMACIÓN TEATRAL



—Sabrás ¡oh, mi algo así como amado Teótimo!, que aun me estoy relamiendo de gusto, en el buen sentido de la palabra, por el exitazo que alcanzó en el Cómico *Los espadachines*.

—Pues yo, sin necesidad de relamerme, también participo de tu sincero contento. La interesante novela de Dumas *La dame de Monsoreau* ha sido adaptada teatralmente á dos actos y nueve cuadros por los señores G. del Castillo y Pepito Loma, con singular maestría.

—¿Loma, Loma?...

—Bueno, al asunto. *Los espadachines* entretienen agradablemente al público por espacio de dos horas. La obra está muy bien presentada; el vestuario de Vila, llamó mucho la atención; el afamado sastre confeccionó unos trajes lindos á más no poder.

—Los intermedios musicales del maestro Quisilant son bonitos.

—Todo en *Los espadachines* es digno de encomio.

—¿Qué te pareció la Loreto?...

—Sin que sea su papel una cosa del otro jueves, hay que reconocer que estuvo epa comérsela, deliciosa ¡Qué día blo d mujer!... ¡Qué grande artístal!...

—¿Y Chicote?

—Asombroso! ¡incomparable!... Hecho un actor monstruo y un director de de escena sublime. Fué aplaudido en diferentes ocasiones con entusiasmo. Hay que felicitarle por su brillante labor, y por haber puesto en escena una obra que tantos miles de pesetas le daría ganar.

—En *Los espadachines* sobresalieron, además, la señora Francos, los señores Ponzano, Soler, Castro, Ripoll, Miranda y la monísima joven que hace de hostelera.

—Cierto que es monísima y se la ven felices disposiciones para la escena.

—¿Se puede saber tu opinión respecto á la comedia en dos actos *El burro de carga*, de López Pinillos (Palneno) estrenada el lunes en el lindo teatro Cervantes?

—¿Mi opinión? Pues que el distinguido literato, redactor del *Heraldo*, ha sufrido una lamentable equivocación al escribir la citada comedia, que, dicho sea de paso, está muy bien escrita.

—De acuerdo; pero resulta una obra para leída, mejor que para representada, algo novelesca, artificiosa, de argumento extraño y desarrollado con escasa habilidad. Los personajes están tratados sin firmeza en los tipos que representan, poniendo en la boca de ellos un lenguaje de mal gusto en determinados momentos.

—El público, por lo menos, demos-

tró su desagrado por algunas frases que escuchó.

—¡Ah!, si no hubiera sido por la lucida interpretación que alcanzó la comedia, ésta no habría llegado al final con la relativa calma que llegó.

—Sofía Romero, la Toscano y la Palma, con Simó-Raso á la cabeza, trabajaron con verdadero cariño, poniendo de su parte todo lo posible por que *El burro de carga* fuera por el camino del éxito, sin conseguirlo por completo á consecuencia de los malos pasos que dió en algunas ocasiones.

—Pinillos se desquitará bien pronto del «tropezón» sufrido con la nueva producción suya que están ensayando en el Español.

—Soy el primero en desearlo.

—¿Pedro Mata estrenó en el Coliseo Imperial un drama en un acto, titulado *Uno menos*?

—Sí, y fué del agrado del público *Uno menos* es uno... de tantos dramitas que se ven sin producir gran entusiasmo.

—Díaz de Mendoza, el filántropo y dadivoso caballero, el notabilísimo actor, el distinguido aristócrata, celebró el martes su beneficio, y excuso decirte el aspecto que presentaba la sala del teatro de la Princesa.

—Me lo figuro; un aspecto señorial y regio.

—La alta sociedad madrileña, en su mayoría, acudió á festejar al prestigioso comediante que tanto bueno ha hecho por la escena española; la clase media y la popular también tenían en el teatro digna representación. El beneficiado fué obsequiado con infinidad de presentes de gran valor, y obsequiado también con frenéticos aplausos, con delirantes ovaciones, durante toda la velada, en señal de admiración, cariño, y simpatía.

—Se estrenaba *La marquesa Rosalinda*, farsa sentimental y grotesca en tres jornadas y en verso, por don Ramón del Valle-Inclán.

—Ciertamente; y tan bella y poética farsa obtuvo un éxito plácido é indus-

cutible. Plácido por tratarse de una obra cuyo mérito especial consiste en la construcción poética del libro, escrito en sonoros versos, é indiscutible por el conjunto de la producción, toda ella muy teatral y muy interesante.

—Y seguramente que la interpretación...

—Como de costumbre en aquella casa, un encanto. El ilustre matrimonio, Josefina Blanco, Elena Salvador, Carmen Ruiz, María Cancio, Medrano, Carsi, Tovar, Mesejo, Guerrero y Gosalvez, bordaron sus respectivos papeles. ¿Cómo es que no te vi por la Princesa?

—Porque estuve en el estreno de Martín.

—¿En el de *Los cien mil francos*?

—Sí, señor; y en verdad que pasé un rato bastante mejor que otras veces, pues la zarzuela dramática (inspirada en un cuento francés) que nos sirvió la Empresa del coliseo de la calle de Santa Brígida, es una de las más aceptables que en la presente temporada se han estrenado en el teatro de don Mariano. Sin escenas desgarradoras, tiros, puñaladas y otros excesos de dudoso gusto, el autor de *Los cien mil francos* señor Pérez López, ha escrito una obrita que de fijo llamará la atención del público.

—¿A quién no llaman la atención 100 mil francos!...

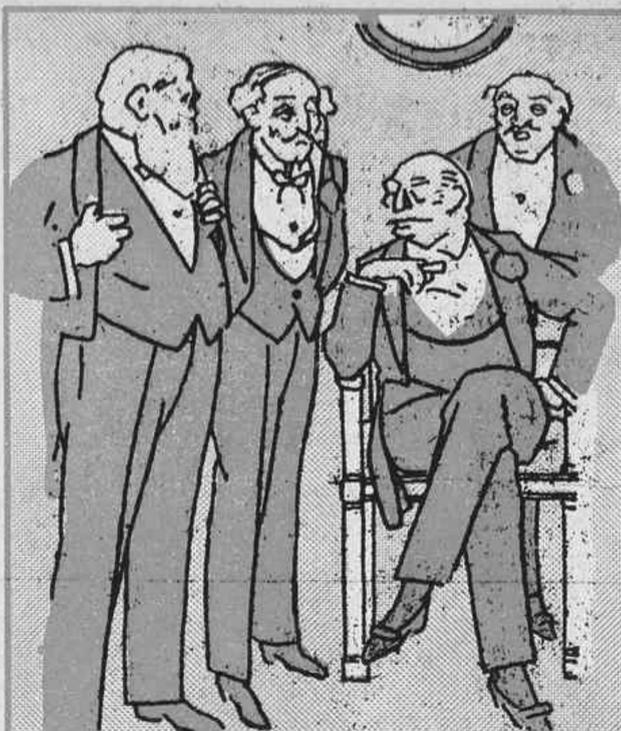
—La música, del maestro Brú, es de lo más bonito que ha tocado la orquesta de Martín. Muy inspirada, y algunos números divinamente instrumentados. Los hermanos Uliverri, hechos dos artistas, así como suena; él cantó una romanza que casi, casi riete tú de Anselmi, y ella, á la que encontré hasta guapa inclusive, tuvo momentos muy felices. Bejarano y Gaibar, tan acertados como siempre. El decorado y los trajes, todo nuevo causó buenísima impresión al «respetable».

—Celebro que esos *Cien mil francos* te hayan agradado tanto.

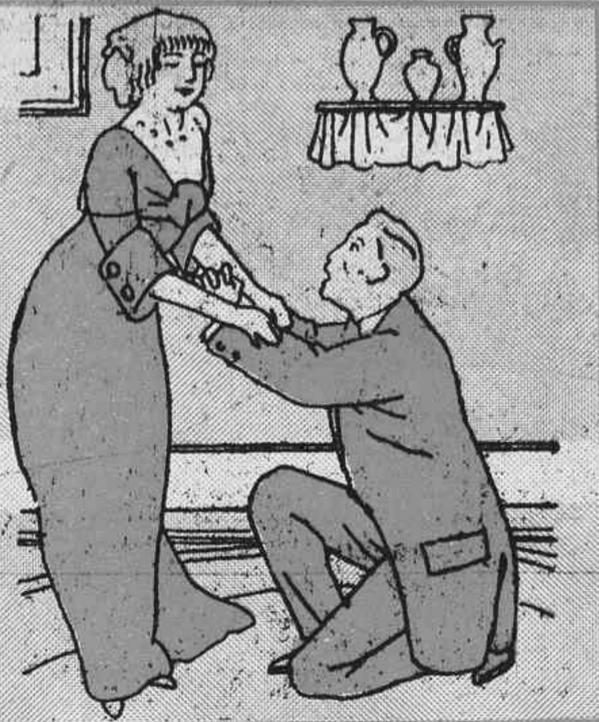
—¿Esos? Y cualquiera otros por el estilo...

Colirón.





A darle la enhorabuena
venimos en comisión,
pues lleva usted una corbata
que ha causado admiración.
Fábrica de corbatas, Mariana Pineda, 12.



—Pero es cierto, Manolito?
¿Tan loco está usted por mí?
—Cómo no, siendo ese cuerpo
bello como el de una hurí.

Corsés Regulez, Bordadores, 9.



Infames, voy á mataros;
enlodar mi nombre así.
Me vengará esta pistola
de la marca «Jabalí».

Alcalá, 14



Un chocolate tan bueno
y una mujer tan bonita
sólo pueden encontrarse
de noche en «La Favorita».

Caballero de Gracia, 2.



Paquito, qué suerte tienes.
No se te niega una moza.
—Es porque me hace los trajes
bien y bonitos, Somoza.

Sastrería Somoza, Montera, 7.



Van los pollos tras de mí
encantados de mi andar,
porque las botas que gasto
son siempre de «La Imperial».

Puerta del Sol, 13 y Carmen, 2.

Madrid Cómicó

SEMANARIO ILUSTRADO
SE PUBLICA LOS SÁBADOS

Oficinas y Talleres: Ferraz, 21, bajo.

Precios de suscripción: Trimestre, 2,50 pesetas; Semestre, 5 pesetas; Año, 10 pesetas.

Extranjero: Un año, 15 francos.

NÚMERO SUELTO: 20 CÉNTIMOS